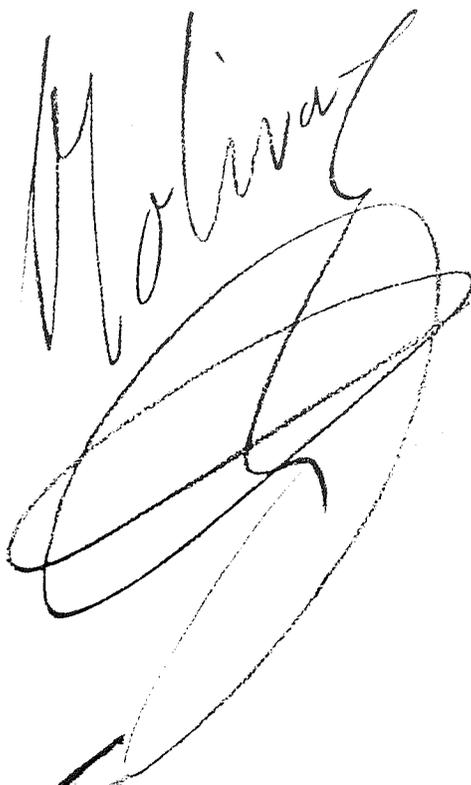


# LA CRITICA LITERARIA COLOMBIANA FRENTE A “EL GENERAL EN SU LABERINTO”

El lanzamiento de la última novela de Gabriel García Márquez fue sin duda un acontecimiento que convulsionó todo el ámbito de la cultura colombiana y puso de manifiesto múltiples aspectos del complejo panorama que presenta actualmente este nivel de la vida de nuestra sociedad; cuyo análisis riguroso y sistemático, constituye una tarea cada vez más urgente, para la cual se requiere del esfuerzo de todo el conjunto de las ciencias sociales y humanas. Desde esta perspectiva, las siguientes consideraciones sólo pretenden señalar algunos puntos que pueden contribuir a precisar mejor la problemática concerniente al campo de la literatura y más específicamente de la crítica literaria en el país.

Frente a la ola de comentarios que desató la novela en los distintos medios de comunicación, tenemos la impresión de que prácticamente to-



Apuntes  
para  
un debate

dos los grupos que directa o indirectamente juegan un papel preponderante en la vida cultural colombiana se sintieron obligados a manifestar públicamente su opinión acerca de la obra. Lo anterior dió como resultado un amplio y conflictivo conjunto de juicios que, debido al poder y al prestigio del que gozan sus autores, definieron los términos de la recepción de la novela en amplios sectores de la sociedad. Sin embargo, al revisarlos detenidamente podemos constatar que la gran mayoría de ellos, lejos de sustentarse en análisis suficientemente sólidos de la obra, son comentarios totalmente subjetivos donde subyacen unas concepciones de la literatura que por lo general resultan incoherentes, confusas o por lo menos anacrónicas. Cuando no toman la novela simplemente como un pretexto para hacer pública una vieja y estrecha amistad con el autor, o para revivir

antiguas polémicas políticas o personales con él.

Dadas las características de la obra, uno de los puntos donde se notan más claramente estas deficiencias es la dificultad para concebir los vínculos existentes entre la literatura y la historia en el doble sentido del término, que, en buena parte de los casos, impide enmarcar correctamente la novela dentro del contexto ideológico-cultural del cual se nutre y hacia el cual orienta, al mismo tiempo, su efecto estético.

Si bien existe un acuerdo entre la mayoría de los autores en cuanto a que la obra, contrariamente a lo que algunos pretenden, no puede juzgarse simplemente a partir de su adecuación o no adecuación a los hechos objetivos del período histórico que trabaja, éste parece sustentarse solamente en el hecho de que su carácter de novela le otorga una supuesta libertad para "inventar" o "fantasear" los detalles que escapan a la investigación histórica. Argumento que si bien es hasta determinado punto cierto, deja totalmente de lado el problema central. Esto es, que por su misma especificidad literaria, el material social que la obra busca aprehender no está constituido directamente por la realidad objetiva de dicho momento de nuestra historia, sino por las lecturas o las percepciones que la sociedad tiene de él. Es decir, por el amplio y heterogéneo conjunto de ideas, imágenes y representaciones que el imaginario social ha elaborado, a lo largo de siglo y medio y no sólo a partir de la historiografía, sobre nuestra independencia

de España y más concretamente sobre los personajes y grupos que en ella intervinieron. Dicho conjunto es recogido y transformado mediante el proceso de formalización específico de la novela, para ofrecer una nueva representación concreto-sensible y no conceptual de esa realidad, que busca justamente cuestionar la visión que el discurso histórico dominante ha impuesto y pretende a toda costa mantener. (1).

Lo anterior puede apreciarse claramente en la configuración misma del personaje de Bolívar en la novela, pues, retomando diversos elementos de varios de los personajes mejor logrados de toda la obra de García Márquez (el Coronel de "El Coronel no tiene quién le escriba", el Coronel Aureliano Buendía de "Cien Años de Soledad", e incluso el General de "El Otoño del Patriarca"), este no apunta en ningún momento a constituirse en el Bolívar real de "carne y hueso", como algunos afirman teniendo en cuenta sobre todo sus "debilidades", sino en un héroe mítico popular que, de todo el conjunto de representaciones existentes en torno al personaje dentro de nuestro imaginario colectivo, recoge y sintetiza dos tipos distintos y aparentemente antagónicos.

El primero de ellos es la enorme cantidad de documentación escrita, tanto de primera como de segunda mano, que se encuentra sobre esta figura de nuestra historia, citada no sólo en la nota final, sino dentro del texto mismo de la novela mediante distintas estrategias discursivas: sus cartas, las de sus amigos y

1. Entre los múltiples estudios sobre teoría literaria que trabajan estos aspectos pueden consultarse: Perus, Françoise. *Literatura y sociedad en América Latina: El Modernismo*. México: Siglo XXI, 1980. Duchet, Claude. *El Proyecto Sociocrítico*. Artículo mimeografiado, 1985.

Es importante anotar aquí como acorde con esta perspectiva de análisis el artículo de Juan Gustavo Cobo Borda donde estudia la figura de Bolívar en diferentes obras de la narrativa latinoamericana, publicado en las *Lecturas Dominicales de El Tiempo*.



ESTATUA DE BOLIVAR  
ERIGIDA EN LA PLAZA MAYOR DE BOGOTA

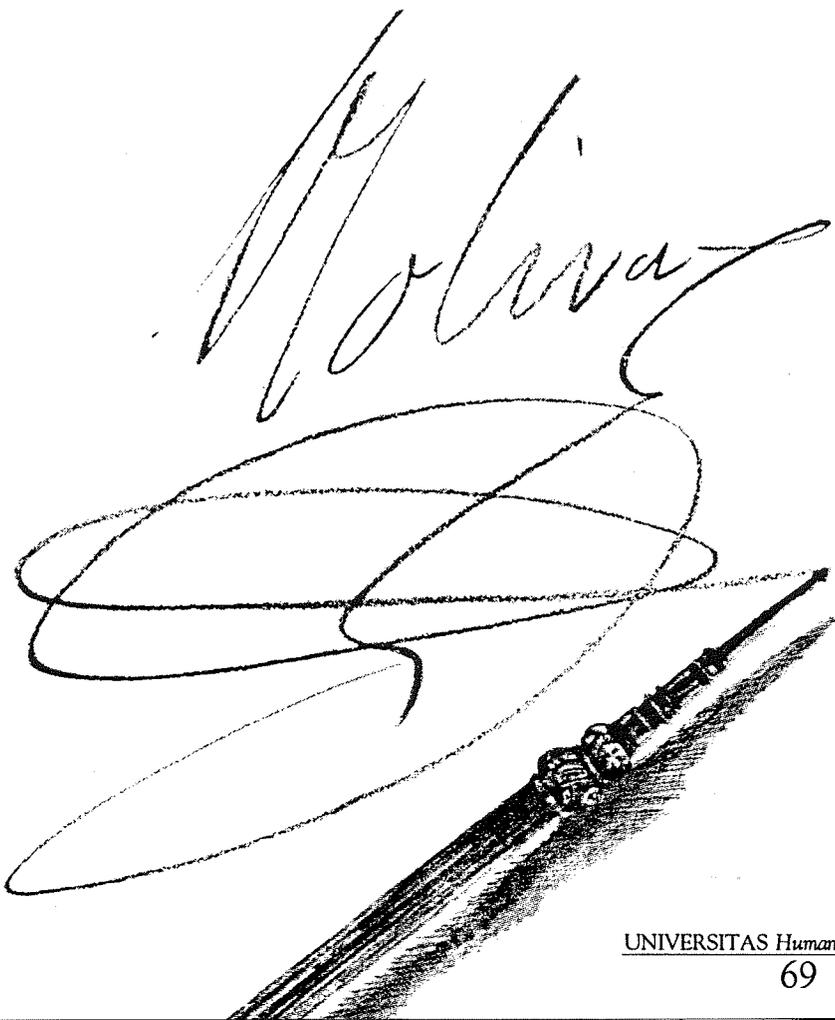
enemigos, las memorias de O'Leary, el diario de un coronel polaco, diversos artículos de periódico, estudios de distintos historiadores sobre el personaje y su época, etc. Esta documentación le permite al autor por una parte, reconstruir en detalle la historia no únicamente de los últimos días del General, sino de toda su vida, pues ella se integra por fragmentos en el relato mediante diversos recursos narrativos sabiamente manejados. Por ejemplo la evocación, a partir de alguna relación con un detalle o acontecimiento del presente de la narración, de distintos episodios del pasado que se van haciendo más lejanos a medida que se acerca el momento de su muerte, hasta cerrar el círculo en la Hacienda de San Pedro cuando, en las vísperas del 17 de diciembre, el olor del ingenio lo hace sentir más cerca que nunca de su infancia. Y por otra parte reelaborar el complejo pensamiento político del Libertador, su relación con los distintos grupos y capas sociales de la época y su visión sobre los países americanos. Desde una perspectiva que sin duda se encuentra fuertemente marcada por los estudios de algunas de las corrientes historiográficas colombianas y latinoamericanas más recientes (2). Sin embargo, estos aspectos se novelan de una forma tal que pierden todo carácter de discurso histórico conceptual: los expone el mismo personaje en medio de situaciones narrativas muy concretas que justifican plenamente su inserción en el relato, y bajo estados de ánimo tan extremos que permiten solucionar las múltiples contradicciones existentes. Así por ejemplo, en medio de la ira que despiertan en el General las palabras del francés en el almuerzo que le ofrecen los Campillo, expone todo su pensamiento frente al sis-

2. Pueden revisarse al respecto los estudios sobre el período que se encuentran en el Manual de Historia Colombiana (Bogotá: Procultura, 1982), o en La Nueva Historia de Colombia (Bogotá: Planeta, 1989).

tema político más conveniente para los países americanos y la relación que estos deben mantener con Europa; en medio de la nostalgia que lo invade al encontrarse en Mompox con Lorenzo Cárcamo, explica los verdaderos motivos de sus diferencias con Santander; bajo el optimismo frente a la posibilidad de recuperar a Venezuela, expone su idea de la integridad, define a las oligarquías locales como sus principales opositores, y reconoce y explica todas las contradicciones ideológicas que le critican; bajo la rabia sorda que en varias ocasiones le produce el solo recuerdo de Santander, expone sus ideas sobre la deuda externa y sobre la relación de los países latinoamericanos con los Estados Unidos; y en medio del delirio o la inconsciencia expresa su enorme desencanto ante la guerra.

El segundo tipo de representaciones que la novela recoge y reelabora para la construcción del personaje, está constituido por todas aque-

llas leyendas que el imaginario popular de la época tejió en torno a la figura de Bolívar y que se han mantenido vivas en la memoria colectiva, durante ciento cincuenta años y en buena medida al margen del discurso histórico oficial. Ellas giran en la obra fundamentalmente alrededor de tres aspectos de la vida del Libertador: su renuncia al poder y el viaje al exterior, su enfermedad y muerte, y su pasión por las mujeres, imprimiéndole al personaje una dimensión eminentemente mítica ya perfilada en el epígrafe de la novela: "Parece que el demonio dirige las cosas de mi vida." (Carta a Santander, 4 de agosto de 1823). Dimensión que se opondrá constantemente a lo largo del relato a su pretendida conciencia histórica y racional, como se puede apreciar en los diversos hechos o comentarios que abiertamente contradicen las múltiples afirmaciones del General acerca de su incredulidad en todo tipo de supersticiones y magias: por un momento parece admitir que



su mejoría en Honda se debe a la magia del curandero que tan enfáticamente había rechazado la víspera; demora una noche su viaje por el río con la esperanza de ver a los gigantes con crestas y patas de gallo, a pesar de haberse reído de los marineros cuando se los describieron; y después de haberse burlado toda la vida de los poderes mágicos atribuidos a la planta, una noche, moribundo y en derrota, se pregunta si no tendría el valor suficiente de seguir el consejo de Carreño "de sumergirse hasta el fondo, con sus ejércitos de pordioseros, sus glorias inservibles, sus errores memorables, la patria entera, en un océano redentor de cariaquito morado".

Tanto la renuncia al poder como la enfermedad y muerte de Bolívar, que en última instancia constituyen los nudos centrales de la historia, ya desde el inicio de la novela se nos presentan como dos hechos mitificados por el imaginario colectivo, pues en torno a ellos circulaban tantas versiones, habladurías y suposiciones que poco a poco habían ido perdiendo todo viso de realidad, no sólo para sus enemigos políticos, sino para sus amigos más cercanos y para el pueblo en general, que terminó por incorporarlos al cancionero popular. Sin embargo, la incertidumbre y el misterio que los rodean se van a ir acrecentando constantemente a lo largo del relato, hasta convertirse en el eje central de la narración y en el elemento principal que mantiene la tensión de la lectura. Alimentados además por la conducta del mismo Libertador que conscien-

te o inconscientemente actúa para ponerlos en entredicho. Pues por una parte, pospone constantemente sus viajes al exterior con cualquier pretexto y, aunque de manera velada, sigue participando de la vida política y militar del país. Por otra, realiza múltiples acciones que, no obstante el evidente deterioro de su cuerpo, son capaces de desvirtuar todas las versiones acerca de una enfermedad mortal, impulsado por una concepción de la medicina y de la muerte que ponen también de manifiesto la constante contradicción entre la dimensión mítica y la dimensión histórica del personaje. A pesar de su pretendido racionalismo, el General rechaza de tajo toda medicina científica y desconfía de todos los médicos salvo del doctor Hércules Gastelbondo, el médico caribeño gordo y bonachón que llegaba a verlo con los bolsillos llenos de golosinas, repitiendo en varias ocasiones que si les hubiera hecho caso ya estaría muerto. Con lo cual no hace

más que predecir lo que en efecto sucedería, pues un siglo y medio después muchos médicos seguirían pensando que la causa inmediata de su fallecimiento habían sido los parches aplicados por el doctor Révérand. Y a pesar de que sus últimas palabras expresan una concepción eminentemente histórica de la muerte, pues se queja en su agonía de no tener la felicidad de creer en la vida del otro mundo, a lo largo de su existencia tuvo dos premoniciones acerca de ella en las que creyó ciegamente. Una fue la certidumbre de que moriría en su cama pobre y desnudo, y sin el consuelo de la gratitud pública, que de hecho era la que lo llevaba a moverse sin ningún temor en las líneas de fuego dando así origen a la leyenda de que se creía invulnerable. La otra fue el sueño acerca de su cumpleaños número 47, el cual sólo se convirtió en un último espejismo que, tras la depresión causada por la muerte de Sucre, le dió la fuerza y el optimismo suficientes para reiniciar en vano su lucha por la integridad.

Ahora bien, el carácter legendario de la pasión de Bolívar por las mujeres, que como él mismo lo afirma siempre dió lugar a las invenciones y suposiciones más fantásticas y extravagantes que corrían de boca en boca a todo lo largo y ancho del país a pesar de la cautela que él tenía para ocultar sus andanzas, se recrea en la obra mediante la narración de varias historias, la mayoría de ellas ficticias; donde está siempre presente un elemento fantástico, mágico o misterioso. Entre las cuales podría-



mos destacar la de sus escandalosos amores, reconstruidos por fragmentos a todo lo largo del relato, con la quiteña Manuela Sáenz, quien se reconstruye en la novela como una heroína mítica con características similares a las de Bolívar; la del encuentro con la Reina María Luisa, la esclava que encontró desnuda a la luz de la luna llena de una noche de derrota; la de la cita secreta con Miranda Lindsay, quien lo engañó seduciéndolo para salvarlo del atentado que le tenían preparado en Jamaica; la de sus tormentosos amores con Josefa Sarrario, la momposina de alcurnia que llegó a su cuarto con un atuendo de oro oculto bajo un hábito franciscano y la cual años después él desterraría sin darse cuenta; o la de la noche al pie del Cerro de la Popa, en la que se le apareció una niña con el cabello adornado por unas luciérnagas que le iluminaban el rostro con un resplandor fantasmal, quien, a pesar de ver el estado lamentable del cuerpo del General, seguía afirmando que los rumores acerca de una enfermedad mortal eran totalmente falsos. Sin embargo la que mejor aprehende lo que significaba para el pueblo este aspecto de la personalidad del Libertador, es la de Anita Lenoit en Tenerife, donde vemos al General correr tras un fantasma creado por la imaginación popular, al demorar su viaje para averiguar por esta mujer que supuestamente había sido su amante y de la que sólo se encontraría una tumba con su nombre que, por más de un siglo, se convertiría en lugar de peregrinación para los enamorados.

Si bien encontramos en la novela muchas otras leyendas sobre el Libertador: aquellas que se refieren a la enorme cantidad de cartas que escribió a lo largo de su vida, a los libros que leyó, a los kilómetros que recorrió a caballo, a la magia irresistible de su seducción, a sus iras babilónicas, o a su inmensa generosidad, las que hemos analizado hasta el momento ya nos permiten comprender fácilmente por qué este héroe mitificado por un pueblo que termina vendiendo mechones de su cabello como si fueran los de un santo, choca tan violentamente con el Bolívar rígido de bronce y piedra que, sin ser tampoco el real, se erige en las páginas de la historia tradicional. Del cual podrían ser buenos ejemplos, algunos de los retratos realizados por los pintores de la época mencionados en la novela, quienes, a medida que su gloria aumentaba, iban transformando los rasgos negroides de su rostro hasta implantarlo en la memoria oficial con el perfil romano de sus

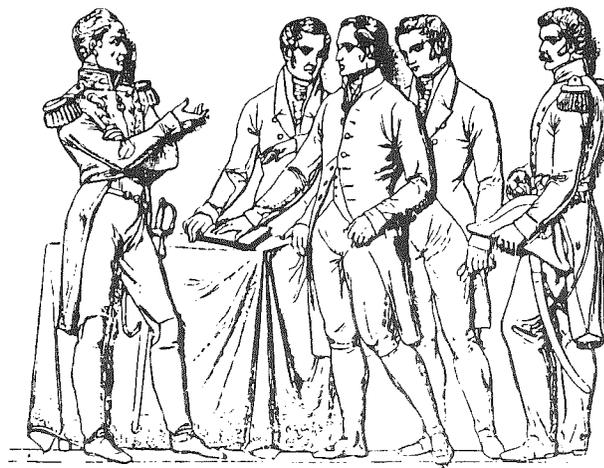
estatuas.

Sin pretender haber realizado un análisis exhaustivo de la novela, estos elementos nos permiten definir de una manera mucho más concreta el efecto estético de la obra sobre el panorama ideológico-cultural en el cual se enmarca, ubicándolo específicamente dentro del conflictivo ámbito de la historia colombiana actual. Caracterizado por el enfrentamiento, particularmente polémico durante este año a raíz de la publicación del texto para bachillerato de Salomón Kalmanovitz y Silvia Dulsán, entre los sectores más tradicionales de la disciplina que, según Mario Arrubla, "encuentran sus temas en los personajes y los hechos más destacados de la historia del país, reduciendo el nivel investigativo a la precisión de un cúmulo de detalles factuales organizados por fechas y componiendo su nivel valorativo según una apologética en la que corren a la par la ingenuidad y la hipocresía" (3); y los representantes de las nue-

3. ARRUBLA, Mario. Colombia Hoy. Bogotá: Siglo XXI, 1981, p. 7.

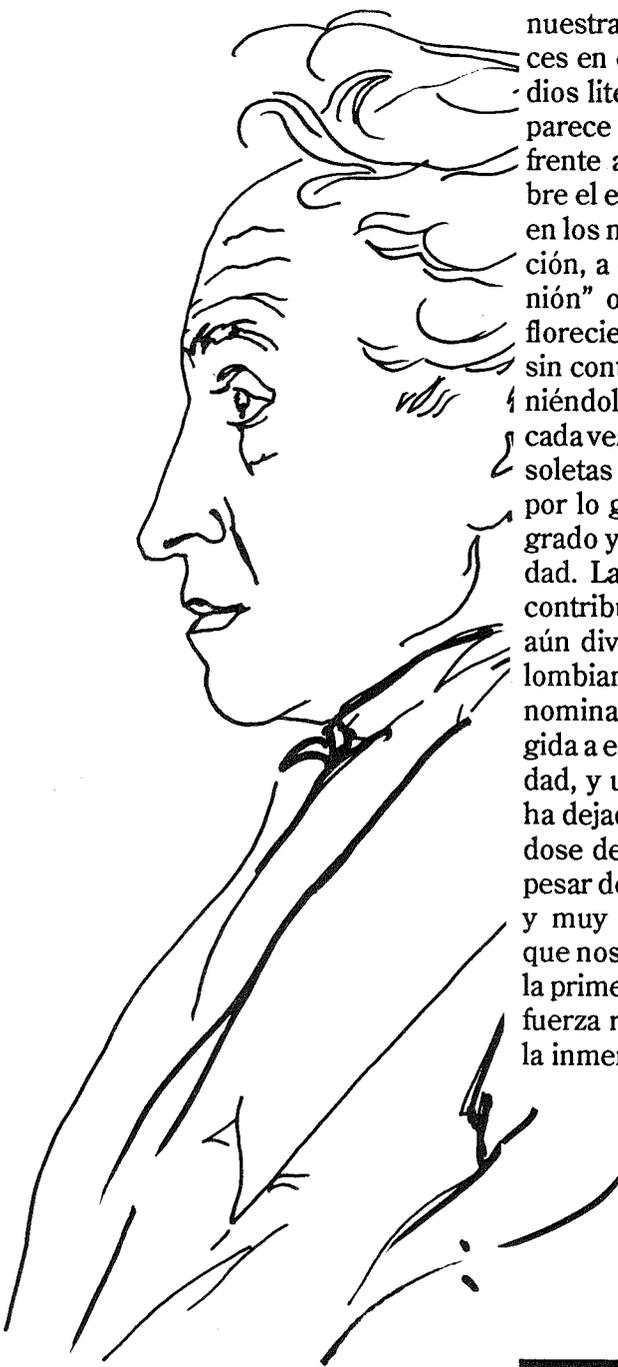
4. MELO, Jorge Orlando. "La Literatura Histórica" en Manual de Literatura Colombiana. Bogotá: Procultura y Planeta, 1988, Tomo II.

Para el estudio del panorama actual de la historia en Colombia puede consultarse además de los artículos de Arrubla y Melo, el de Salomón Kalmanovitz: "La vieja Historia" en Gaceta de Colcultura, Nº 2, mayo-junio de 1989.



vas corrientes que, fundamentando su trabajo en distintas líneas teóricas e ideológicas de la historiografía moderna, se esfuerzan por construir de cara al futuro, un pasado que muestre "la complejidad del proceso histórico colombiano, sobre la base de un manejo cuidadoso de las fuentes, de una utilización amplia de materiales de archivo, de la apertura a nuevos enfoques y temáticas, de la utilización de los aportes de las ciencias sociales" (4). A partir de esta ubicación podemos identificar mucho más claramente cuál es el sustento social e ideológico no sólo de la visión de nuestra historia que cuestiona la novela, ya definida anteriormente como la que la historiografía tradicional ha impuesto y quiere mantener. Sino, lo que es más importante, el de la visión-representación elaborada por la obra para tal cuestionamiento, que, de acuerdo al análisis realizado, podríamos definir como una síntesis formalizada entre la nueva visión acerca de la época ofrecida por los estudios de las corrientes históricas más recientes, y una visión tradicionalmente marginada y relegada a formas de expresión exclusivamente orales: la popular (5).

Frente a esta situación cabe entonces volver a preguntarnos qué pasa con la crítica literaria en el país (6). Afirmar de tajo que no existe una crítica especializada que sustente sus estudios en concepciones y teorías literarias suficientemente estructuradas y actuales, sería ya ir demasiado lejos. Sin embargo ésta, ocupada en el trabajo sin duda indispensable de seguir y adecuar a



nuestra realidad los múltiples avances en el campo teórico de los estudios literarios de distintas latitudes, parece haber olvidado su función frente al público lector. Dejando libre el espacio que le correspondería en los medios masivos de comunicación, a los llamados "líderes de opinión" o a los propagandistas de la floreciente industria editorial, que sin contrapeso alguno, siguen imponiéndole a un público real o potencial cada vez más amplio, sus visiones obsoletas de la literatura, entendida, por lo general, como un espacio sagrado y sin nexo alguno con la realidad. Las cuales no hacen más que contribuir a ahondar la brecha que aún divide el panorama cultural colombiano, entre la que podríamos denominar una tradición culta, restringida a estrechos sectores de la sociedad, y una tradición popular que no ha dejado de evolucionar alimentándose de las más variadas fuentes. A pesar de que, en múltiples ocasiones y muy específicamente en el caso que nos ocupa, las obras inscritas en la primera se nutran y encuentren su fuerza renovadora, precisamente en la inmensa riqueza de la segunda ♦

5. A partir de lo cual bien podría establecerse un paralelo con algunas de las obras de Alejo Carpentier como *El Reino de este Mundo*.

6. Véase al respecto las entrevistas publicadas en *Gaceta de Colcultura*, N° 2, mayo-junio de 1989, donde se plantea esta misma pregunta a varias personalidades vinculadas al campo de la literatura en el país.